

El
Veneno
del Eunuco

El Veneno del Eunuco

JUAN KRESDEZ



Colección: Novela Histórica
www.novelanowtilus.com

Título: El veneno del eunuco
Autor: © Juan Kresdez

Copyright de la presente edición © 2009 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró
Diseño y realización de interiores: Claudia Rueda Ceppi

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 978-84-9763-581-3
Fecha de publicación: Febrero 2009

Printed in Spain
Imprime: Graphycems
Depósito Legal: NA-4011-2008

A Tatiana

ÍNDICE

PARTE I: EL ESPÍA	11
PARTE II: EL EGIPCIO Y LA ALCAHUETA	89
PARTE III: EL VENENO	237
LISTA DE PERSONAJES	391

EL ESPÍA

1

Un jinete cubierto de polvo cruzó la puerta al-Qubba de Medina al-Zahra. Continuó al trote corto por la vereda que discurre a lo largo de la muralla occidental sorteando burros, acémilas y peatones y se detuvo en las cuadras del pabellón destinado al acuartelamiento de las tropas de caballería. A pie se dirigió al palacio del gran oficial Faiq al-Nizami, jefe de la Casa de Correos y de los talleres del Tiraz, sahib al-burud. Un esclavo recibió al mensajero y lo condujo a las covachuelas donde trabajaban los amanuenses encargados de recibir, ordenar, distribuir y despachar la correspondencia de las distintas provincias con la administración; descifrar los mensajes secretos de la red de espías de dentro y fuera del Estado y de los correos llegados de otras cortes que mantenían relaciones con el califato cordobés.

—La correspondencia de Berbería —dijo el correo y arrojó una bolsa sobre la mesa del oficial encargado de la recepción. Él la abrió y examinó el interior. Al reconocer el sello del general Tumulus apartó un fajo con varias cartas y se las entregó al secretario personal del sahib al-burud y éste, sin pérdida de tiempo, se las llevó a la habitación del piso superior donde trabajaba Faiq al-Nizami.

Faiq, como el califa y toda la corte, esperaba las noticias de la guerra que se había declarado en el mes del Ramadám de ese año de

361 (junio de 972) contra el rebelde y sublevado Hasam ibn Guennun. Un príncipe idrisí que bajo la protección del califa fatimí de Egipto al-Muizz, había roto las alianzas con Córdoba con la pretensión de alzarse con un pequeño reino independiente en el extremo occidental de África. Al-Hakam II no pudo tolerar la afrenta que ponía en peligro su influencia al otro lado del Estrecho y a finales de julio envió a uno de sus mejores generales, Ibn Tumlus, al mando de las tropas regulares de Córdoba y al almirante de la armada para reforzarle, ibn Rumahis. Al poner los pies en Ceuta, Tumlus envió la primera misiva dando cuenta del feliz desembarco el mismo día de la llegada de la flota. A los pocos días remitió otra en la que informaba que se había trasladado a la ciudad de Tetuán y la había encontrado vacía. Los habitantes se habían refugiado en Tánger. Tumlus marchó tras los pasos del hereje Gunnun hacia el interior y Rumahis con la armada a Tánger.

Faiq deshizo el envoltorio y se encontró con el informe oficial sobre los acontecimientos de la guerra, con varios trozos de papiro a medio quemar y un escrito en papel del mismo puño de Tumlus.

“En el nombre de Dios, el Misericordioso...”.

El general escribía un relato destallado de lo acontecido. Contaba los encuentros con el malvado Guennun. Como le había combatido y desalojado del monte Yabal al Rih. A continuación narraba la toma de las ciudades de Dalul y de Arcila, donde había encontrado en la mezquita un almimbar nuevo en el que se había colocado una inscripción con el nombre del califa fatimí de Egipto al-Muizz. Lo había arrancado y enviado como trofeo. Ese mismo día regresó a Dalul, la ciudad que Guennun había utilizado como residencia. La saqueó y la destruyó. En el palacio del rebelde encontró a punto de quemarse definitivamente en un brasero los papiros que enviaba a la atención de Faiq para que los descifrara y actuara en consecuencia. Su modesta opinión se encaminaba a la existencia de un espía en la misma Medina al-Zahra.

Faiq intrigado desarrolló el paquete con los restos de los papiros y los estudió con minucioso detalle. Al principio le parecieron simples arengas del fatimí a su protegido, pero uno de los pedazos le llamó la atención. En él se describía al califa al-Hakam II con exhaustiva minucia. Reseñaba hasta el peso. Las enfermedades que había padecido, los medicamentos a los que era sensible. Terminaba con una acusación alarmante: “Esta precisa información la he obtenido por un médico a quien desde Córdoba han ofrecido una gran cantidad de dinero por un preparado de extraordinarios poderes para

acabar con la vida de al-Hakam II en un proceso continuado y lento”.

—¡Por todos los diablos del infierno! —exclamó en voz alta.

Arrojó al suelo el trozo de papiro con la fuerza que produce la cólera. En su pecho se había levantado un tornado que le vapuleaba desde dentro como si quisiera arrancarle el corazón. Estuvo a merced de esa agitación unos momentos que se le antojaron siglos hasta que consiguió serenarse. Se agachó para recoger el malhadado escrito y se le deshizo entre los dedos. El calor de las brasas lo había agrietado y el impacto contra el duro pavimento lo había terminado por desgraciar irremisiblemente.

—¡Si estabas destinado a sucumbir en el fuego no seré yo quien se oponga a tu fin!

Arrojó los minúsculos fragmentos de papiro en uno de los pequeños braseros que ardía y perfumaba el salón y respiró aliviado. Recogió las cartas y se encaminó al palacio del primer ministro, el hachib al-Mushafi, adosado al Alcázar Real. Cruzó el jardín que los separaba al amparo de la sombra de los árboles. Subió los cuatro grandes escalones y entró en el gran vestíbulo con tres grandes arcos labrados sobre esbeltas columnas de mármol. Un esclavo le condujo entre el grupo de peticionarios que aguardaban a ser recibidos y le introdujo en el espacioso salón que al-Mushafi utilizaba como despacho. El hachib inclinado sobre una mesa baja examinaba los documentos que el secretario le pasaba sentado enfrente. Esperó a que el sahib al-burud hubiera atravesado la estancia para levantar la cabeza. Se incorporó, despidió al katib con un gesto e invitó a Faiq a sentarse en los cómodos almohadones, junto al gran ventanal.

—La correspondencia de África —dijo Faiq y entregó el envoltorio con las cartas al hachib.

—Lástima que no podamos esclavizar a tantos prisioneros —se lamentó al-Mushafi cuando terminó la lectura del parte de guerra—. Pasemos a informar al califa. Esta noticia le pondrá de buen humor.

—Estos son comunicados de Tumlus —informó Faiq al entregar los papiros—. Los supone escritos por el mismo al-Muizz al rebelde Guennun. Los recogió a punto de quemarse en uno de los braseros de la residencia del hereje en Dalul.

El hachib los tomó sin la más leve emoción y leyó en el mismo orden que los había colocado Faiq.

—No encuentro en estas palabras la presunción de Tumlus. La fisonomía de al-Hakam II es conocida dentro y fuera de Córdoba y su inclinación al perdón y a la clemencia, don que Allah ha derra-

mado sobre nuestro señor, el verdadero Príncipe de los Creyentes, se ha difundido como las semillas del sembrador —dijo el hachib acorazado a cualquier quebradero que no fueran los balances del botín y la conquista de ciudades.

—A mí también me ha parecido una información de escaso valor, sin embargo, la recomendación de Tumlus me inquieta. Pudiera ser verdad. Las relaciones comerciales con Egipto han sido siempre fluidas y pudiera estar alguien en combinación con el fatimí y...

—Si así fuera el espía transmitiría nuestros movimientos, los envíos de dinero, tropas y armamento. Cualquier información para hacernos perder esta endemoniada guerra. En ese caso es obligado descubrir al traidor.

—Tumlus es un hombre prudente y la ambición del fatimí no tiene barreras. A primeros de mes cogimos a un traidor en Tunez. Uno de mis hombres, un comerciante de Córdoba, se enteró de que había un individuo distorsionando la convivencia de las tribus que nos son afines para animarles a pasarse a la protección de al-Muizz. Con mucha habilidad le convenció para que le visitara en el barco que tenía aparejado en el puerto y, una vez a bordo, le detuvo junto a su hijo que le acompañaba. Los desembarcó en Almería y cargados de hierros los trajo aquí y los entregó al prefecto. En estos momentos se pudren en la cárcel de Medina al-Zahra. El aparato de intoxicación y de espionaje de al-Muizz está perfectamente engrasado.

—La tortura a la que se les ha sometido no ha dado los frutos esperados. Ese sujeto no pasaba de un mero parlanchín. No se le ha podido sacar gran cosa —al-Mushafi dejó claro que el primer ministro era él y en todo lo concerniente al Estado estaba bien informado—. Abramos una investigación dentro de la corte, como aconsejas. Ahora bien, con exquisita discreción. No podemos sembrar la alarma y poner bajo sospecha a los visires y altos funcionarios.

—¿Crees conveniente informar al califa? —el rostro inexpresivo de Faiq no revelaba la ansiedad con que había hecho la pregunta.

—No. Leámosle el parte de guerra. La caza del espía la llevaremos en secreto. Cuando tengamos pruebas concluyentes se las presentaremos con el culpable cargado de grillos —contestó el hachib y se sorprendió al contemplar el fuego intenso en las pupilas del sahib al-burud.

Hasta ese momento no había recalado en ese detalle de la expresión del eunuco. La mirada fulgurante de Faiq le atraía y le repelía al

mismo tiempo. ¿Qué quiere expresar este castrado del demonio o que me oculta tras esos ojos encendidos como dos luciérnagas en celo? Siempre le había visto almibarado, ladino y escurridizo, como a los de su clase y en la corte abundaban en demasía, según su opinión y la de muchos visires. Estos emasculados, tradicionalmente ocupados en las faenas domésticas y en la administración del harén real, con Abd al-Rahman III ascendieron a grandes oficiales de la casa real, pero los tenía en un puño. Su hijo al-Hakam II continuó con la misma política y les consentía como a niños caprichosos. “¿Quién dirigirá el harén y mi casa si me muestro riguroso con ellos?” Con esta frase al-Hakam II contestaba a quien se atrevía a denunciarle las trapacerías y abusos de los consentidos castrados.

—Encargaré a uno de mis hombres que empiece a indagar entre los comerciantes relacionados con Egipto y Túnez, los que traen y llevan mercancías a Bagdad y Damasco o Mosul. A cuantos, por una u otra circunstancia, mantengan relaciones con Alejandría o con las caravanas de peregrinos que parten desde Egipto hacia los Santos Lugares —Faiq apreció recelo en el rostro del hachib y optó por hablar con la cabeza baja y en postura de humildad.

—Tienes expedientes abiertos de cada uno de los viajeros que cruzan el Mediterráneo, en tu nómina de agentes englobas los más variados personajes, comerciantes, armadores y hasta simples marineros. Si el espía estuviera entre ellos ya tendrías noticias o sospechas de alguno. Creo que al traidor debemos buscarle en otro lugar. Quizá dentro de la misma corte. Razón por la que te pido sigilo. No estimo conveniente que emplees en este trabajo a uno de tus espías. Tarde o temprano le descubrirán y el escándalo puede llegar a comprometernos.

—¿A quién sugieres?

—A nadie. Es un trabajo para un hombre nuevo. Alguien con inteligencia despierta y con posibilidad de acceso a todos los departamentos, incluso traspasar las puertas del harén sin levantar sospechas. Ahí dentro se cocinan los guisos más disparatados —Al-Mushafi terminó la frase con la cara vuelta hacia el ventanal para sustraer a Faiq la irónica sonrisa que pugnaba por aflorarle a los labios.

—¿Me sugieres un eunuco? —Faiq sí que sonrió abiertamente.

—Te he expuesto una idea.

Al-Mushafi se encontraba a horcajadas entre comprender la extraña existencia de un traidor bajo las mismas barbas del califa y el protegerse de un posible enredo que se le hubiera ocurrido a Faiq.

No era la primera vez que intentaba desprestigiarle ante el califa y tampoco sería la última.

—Buscaré entre los libertos emasculados uno que reúna las cualidades que apuntas. Los mawlas son inteligentes, atesoran grandes cualidades y óptimas aptitudes para llevar a cabo esta empresa —Faiq esbozó una sonrisa y se le iluminó el rostro de luna llena. “Si pretendes cogerme con el ridículo de un fracaso no sabes en el avispero en que te has metido”. Faiq se levantó y se estiró la ropa. Había concluido la conversación.

2

Al-Hakam II, sentado en un diván elevado en el salón de los califas Qasr al-Julafa, recibió al primer ministro y al sahib al-burud. En ocasiones Al-Hakam II se dirigía a ese lugar para disfrutar del juego de los rayos de sol que al entrar por las ventanas se estrellaban contra el azogue de una pileta y retrocedían despedidos en cualquier dirección en hermosos haces deslumbrantes. Cuando el califa ordenaba poner en movimiento el pilón, millones de relámpagos atravesaban la habitación, incluso parecía que la dotaban de movilidad propia, como si fuera el camarote de un barco, y si algún rayo alcanzaba la gran perla suspendida del techo, un regalo del emperador de Bizancio, el califa se sentía feliz.

Faiq le leyó la relación de Tumulus sin excederse en aclaraciones superfluas ni añadir comentarios. Al-Mushafi, a la derecha del califa, observaba circunspecto.

—Presentía las buenas noticias. Hoy es un día fausto. Numerosos rayos han alcanzado la perla —al-Hakam II suspiró profundamente satisfecho—. Convoca a los visires en el gran salón de Consejos. Hemos de participar a todos de la noticia y compartir la alegría de las victorias. ¡Dios está con nosotros! —sonrió al dirigirse a al-Mushafi.

Por los corredores interiores salieron al patio y, ante un cervatillo que lanzaba un plácido chorro de agua por la boca, se detuvieron.

—Solamente conoceremos el asunto tres personas, el hombre que realice la investigación, tú y yo.

Faiq hizo una ligera inclinación de asentimiento y se retiró. Por el jardín se dirigió a su palacio con la cabeza llena de nombres. Pero no conseguía encontrar el adecuado. “Qué oportuno Tumlus, encontrar esa maldita carta y qué hablador al-Muizz espolvoreando algo que ni le va ni le viene” Subió a su despacho y pidió que le sirvieran zumo de frutas frío. El calor, la conversación con el hachib, la recepción del califa y la caminata bajo un sol inclemente, le habían producido una sed lacerante. Tenía la lengua como un trozo de esparto y la saliva gorda como los calostros de una vaca recién parida. Un muchacho de apenas catorce años, de piel canela tostada, ojos de garza y andares de cigüeña, vestido con extravagancia, le llevó una bandeja con los refrescos. El exótico chico fue un regalo de uno de sus agentes, un comerciante que hacía la ruta de Egipto a Nubia y volvía por Túnez a Córdoba. El efebo había hecho de la lascivia su mundo; un salvaje de refinada lujuria. Un putón nubio simpático y complaciente ajustado a los perversos gustos de su amo.

—“Luz del Desierto”, ¿dónde encontraré el hombre adecuado? —preguntó Faiq con los ojos puestos en el nubio que le miraba zumbón mientras bebía el zumo enfriado con nieve de los pozos del Alcázar. Se hizo la pregunta a sí mismo.

—En este palacio es difícil encontrar un “hombre”. Aquí, quien no tiene extirpada la verga le faltan los huevos —respondió el muchacho con una sonrisa de pícaro redomado.

Faiq le vestía como si fuera un exótico e indefinido príncipe o como él se imaginaba que se pudieran vestir los putoncillos de su estilo en los harenes de la India. Le pintaba los ojos con khol como a un egipcio y los labios con un bermellón lujurioso. Sin embargo, no le había castrado ni circundado aunque le educaba en el Islam. “Lo quiero entero y sin retajar”. Le exigió al mercader que se lo trajó. Pensaba conservarlo mientras tuviera el miembro pequeño. Después se desharía de él.

—No necesito un hombre con todos los atributos viriles. Me conformo con un eunuco que no cause repulsión y tenga despierto el entendimiento.

El nubio hizo un gracioso mohín y se encaminó hacia la puerta.

—Pregunta al gran maestro de esclavos —con un astuto guiño el chico abandonó la habitación tras una desvergonzada carcajada.

Faiq había pensado en consultar con Durri, el tesorero real y gran orfebre, pero el muchacho nubio le hizo cambiar de parecer. Rasiq, el viejo maestro de esclavos, llevaba la responsabilidad de la formación y guardaba una ficha completa de cada uno de los alumnos. De un modo u otro se encargaba de los destinos de los chicos al acabar la educación en la escuela. Dependiendo de sus aptitudes, capacidad y esfuerzo, los dedicaba a los estudios para desempeñar altos cargos en la administración, los enfocaba a los oficios mecánicos y manuales o al simple servicio domestico. Decidió hablar con él y escuchar su consejo. Tanto a Durri como al Gan Halconero, Yawdar los mantendría en la ignorancia, aunque Durri había sido el mentor de la idea y Yawdar quien le empujó a ponerla en marcha. Los tres eran los eunucos más cercanos al califa. Por una vez haría caso al primer ministro. Seguiría su recomendación.